

piense en volver y se despida uno cordialmente hasta de los peles de ayer, de hoy y de mañana, considerándolos amigos de todos los tiempos.

Este hermoso patio de la Venta de Don Quijote, que no está de pasar carros ni diligencias, debe figurar aquí por honor regional y por ser pórtico del alfar y de la bodega comentados. Y ahí queda para recuerdo de los venideros.

Invernada

Como los lagartos, tabanques y rodillos se aletargan durante el invierno y pasan los meses del frío recogidos, inmóviles y silenciosos, con ese hilo de vida imperceptible que los aires primaverales reverdecen y harán florecer.

El frío reduce al *mínimum* las actividades vitales. El barro se hiela como las plantas, y como ellas se desintegra y muere, igual que se abraza si se le calienta demasiado de prisa. Los ochocientos o mil grados de temperatura que necesita para cocerse y vidriarse los ha de alcanzar poco a poco, sin apretarle mucho de golpe al horno y reservando las cargas fuertes para las últimas.

La evidencia de este efecto la tendrán muchos recordando que en cualquier pueblo nuestro las calles tenían media vara de barro, con *grandes baches rebosantes de cieno*, y que para cruzarlas había que ir buscando las sendas de las esquinas, no siempre fáciles. Pues bien, un buen hielo o varios seguidos pequeños las dejaban mucho más secas y vadeables que el achicharrante sol de agosto, que todo lo pulverizaba.

En nuestro terreno siempre han sido largos los inviernos, largos y duros muchos de ellos por el dominio del cierzo, pero al fin abría el

Ineso, como de visita, se apoya en el tabanque que no anda, el tablero está aseado, la cabecilla quieta y el albañal seco, sin "berriadas", esperando la mano de Ineso que es de las que dejan honda huella en él, pues su asiduidad es tanta para escurrirse la mano en el borde del albañal que, como los devotos desgastan las piedras de los templos a fuerza de besarlas, él con su mano, a fuerza de pasarla suavemente, le hace en el borde un desgaste análogo al que tienen las vacías de los barberos para acoplarlas al cuello de los parroquianos y cuando la escotadura llega a la altura del agua, para que no se vierta, se muda enfrente y le hace otra garganta igual. Otro desgaste típico le deja su trabajo al alfarero, el del borde externo del alpargate que más usa para darle a la rueda. Viéndole sentado en el tabanque se aprecia la costumbre de cada maestro, pero no en todos los casos porque Peño prefiere darle con el pie descalzo que se agarra más a la tabla e impulsa el torno con más fuerza, cosa importante, pues la rueda mide como un metro de diámetro y pesa unos cuarenta kilos.

